

Alberto Ghiraldo.

Don Benito Pérez Galdós

DIÁLOGO SUCESTIVO CON EL MAESTRO.—PORQUÉ FUÍ YO SU ALBACEA LITERARIO.—SU «OBRA INÉDITA».—DIEZ AÑOS DE LABOR PARA AMÉRICA.—GALDÓS Y EL TEATRO ARGENTINO.—GALDÓS, LOS HERMANOS ALVAREZ QUINTERO Y «MARIANELA».—GALDÓS PERIODISTA Y REPORTERO.—SU LABOR PRIMIGENIA.—EL «ESTILO» DE GALDÓS.—OTRA LECCIÓN DEL MAESTRO.



PEREGRINOS de América y del arte, en horas inolvidables de nuestra existencia azarosa, vibrantes de entusiasmo y estremecidos por la emoción, durante un atardecer otoñal, en el suburbio madrileño, llegábamos a las puertas de la noble estancia, donde aun alentaba, ciego, aunque lleno de luz, indiscutido y glorioso, el más grande de los escritores de su época.

Y al encontrarnos frente al formidable anciano, al productor maravilloso, al creador sin rival, al extraordinario forjador de caracteres y pintor de ambientes, que nos tendía los brazos como en una caricia de abuelo magnificante y protector, pensamos que era aquel el gesto del mismo Cervantes redivivo, porque para nosotros Galdós es el genio literario latino que, después de tres siglos de silencio, vuelve a hacer su aparición en España, como en las antiguas leyendas reencarnan, periódicamente, los fundadores de razas y de pueblos.

* * *

—¡Maestro!— y la palabra, salida de nuestros labios, repercutió en el ámbito de la estancia, no con la vacuidad isócrona con que se pronuncia, generalmente, cuando se hace en signo de convencional sumisión, sino con la armonía de las grandes síntesis, símbolo, en este caso, sencillo y admirable, de convicción y acatamiento.

Y el diálogo con el discípulo se inició tan franco, tan bello, tan cordialmente, que no podremos olvidarlo jamás.

—¡América, la Argentina! Usted es un representante de eso que es, para mí, el porvenir de España. ¡Con cuánto placer hubiera hecho yo ese viaje, realizado tantas veces con la imaginación, y en el que ya no podré pensar!

Y como alguien le interrumpiera, con una frase circunstancial, dijo Galdós:

—No. Yo sé que pronto he de morir. No quiero pensar, señor; puesto que pensar, según una expresión feliz, es empezar a realizar las cosas.

—Veo que coincide usted con Guyau, maestro.

—Con Guyau y con aquel otro filósofo antiguo, cuando afirma: no se realiza sino lo que se piensa.

—Lo que equivale a dejar sentado que ellos coincidieron antes...

—Pues, si nadie se opone, coincidiremos hoy, todos, en el concepto, cuya paternidad no hay para qué discutir. Y quédese el viaje en el limbo.

—¿En el limbo? Y ¿por qué en el limbo, maestro?—dijo otro contertulio.

—Porque en el limbo no se piensa, amigo. Se descansa.

Y el maestro calló; como anonadado por el esfuerzo. A su alrededor se hizo el silencio, y algo extraordinario quedó, como palpitando, en el ambiente, impregnado de la luz de un espíritu.

Nadie osó hablar hasta que el maestro, como reanudando un monólogo, dijo:

—Yo he escrito mucho para América; especialmente para la Argentina. Durante diez años he sido corresponsal de un gran periódico, *La Prensa*, de Buenos Aires. Y en ese lapso me he ocupado de todos los asuntos de importancia, que han conmovido la actualidad española, y aun la extranjera.

—¿Y esa labor, maestro?

—Ahí está, en mi estudio de Santander, esperando mi mano ordenadora, que ya no ordenará nada. Si usted quisiera ayudarme...

—¡Maestro!...

—Pues sí, usted, usted la ordenará. Es mucha labor. La traeré aquí. Y, cuando sea oportuno, le avisaré. Es obra española y americana. Realizada con gran entusiasmo y desconocida aquí por completo. Ya verá, ya verá usted.

Y quedó convenido, entre maestro y discípulo, la labor futura. Se clasificaría todo, se harían volúmenes orgánicos, se buscarían títulos apropiados, y se lanzaría a la plaza literaria una serie de ocho o diez obras inéditas. Su labor de otros tantos años para América.

Después afable, sonriente, con una sencillez de hombre realmente grande, nos inquirió datos sobre la Argentina con vivísimo interés.

El maestro conoce trabajos nuestros y formula respecto de ellos juicios que nos honran. Tiene también para el naciente Teatro argentino palabras de elogio que, por salir de sus labios, no pueden ser banales. A una de sus preguntas, sobre este tópico, yo le explico las causas del florecimiento de esta rama del arte en nuestro suelo: el escenario magnífico por su extensión y variedad, quizás único en el mundo, constituido por una ciudad como Buenos Aires, donde se está gastando una raza, posiblemente grande; el ambiente cosmopolita, lleno de elemento verdaderamente dramático, teatral por excelencia, con su

abundancia de color y de otros factores importantísimos como ser la psicología del inmigrante en su lucha con el aborigen; el proceso de su acción, inteligente y tesonera, hasta llegar al amalgamamiento con el conglomerado social que lo necesita, lo desea y lo rechaza a un tiempo mismo, por sentimiento y por prejuicio: la situación creada al nativo por el aluvión extranjero, su resistencia a la adopción de nuevas costumbres impuestas al fin por otras mejores o más prácticas y utilitarias; todo lo que ha traído como consecuencia la formación de un país nuevo, producto del esfuerzo de la mayoría de las razas de la tierra, ensayo admirable de fusiones étnicas cuyo futuro se columbra ya inmenso, aunque no exento de sorpresas, es, seguramente, lo que ha dado base a nuestro movimiento teatral sin precedente en las demás literaturas.

El gran Don Benito, el gran abuelo venerable, acepta la tesis y aplaude entusiasta:

—Tiene usted razón—agrega. Otros refinamientos del arte sólo los da la tradición, el tiempo. Pero el teatro es obra del pueblo, nace con sus sentimientos, es reflejo de sus costumbres, se desarrolla junto con sus progresos y marcha al unísono de los latidos de su corazón.

Y al recordar la forma en que ha nacido y se ha desarrollado nuestro teatro, sin otros estímulos que los del pueblo mismo, haciéndose todo a un tiempo,—autores, actores y público,—es forzoso convenir, definitivamente, que no puede privar al respecto otra opinión.

Le interrogamos sobre su tarea actual.

—Ahora escribo, más propiamente dicto, porque mis ojos se han cansado de mirar,—dice Galdós, con una resignación solemne que conmueve,—las «Memorias de un desmemoriado» para *La Esfera*. Se refiere a la hermosa revista ilustrada que alcanzó amplísima difusión en todos los pueblos de habla española. Y agrega:

—Cuando termine, descansaré unos días, pocos, y después daré comienzo a un drama de asunto histórico que ha tiempo me preocupa. Ya hablaremos extensamente sobre ello. . .

Y como notamos cierta fatiga en su conversación, resolvemos cortar nuestra entrevista, esperando reanudarla muy en breve, pues Galdós nos insta a que asistamos juntos a una representación de su «Marianela», la adaptación escénica de los hermanos Quintero, que con tanto éxito se daba en el Teatro de la Princesa.

Nuestra entrevista ha tenido lugar el tercer lunes de noviembre y Galdós nos invita a ver «Marianela» el miércoles siguiente. Aceptamos con alegría y nos despedimos.

* * *

No hemos podido asistir el lunes a la representación de «Marianela» por los motivos que da Galdós en la siguiente carta:

«Hoy 1.º de noviembre de 1916.

Señor D. Alberto Ghiraldo.

Mi querido amigo. Quedamos en que hoy miércoles le mandaría las butacas para la Princesa, pero como los hermanos Quintero, a quienes hablé ayer de la visita de usted, no pueden ir al teatro esta tarde por tener que asistir a una comida en Aranjuez, acordamos aplazar para mañana jueves, por la tarde la entrevista que debía celebrarse hoy. Los hermanos Quintero desean mucho hablar con usted de cosas de teatro, así español como argentino.

Repito que mañana le mandaré las butacas para que nos reunamos los cuatro en el Teatro de la Princesa.

Siempre de usted atento amigo y compañero, que su mano estrecha.

BENITO PÉREZ GALDÓS.

* * *

El jueves, día señalado por Galdós para asistir a la Princesa, acudimos puntuales a la cita. Va a levantarse el telón cuando llegamos. Me instalo en mi butaca mientras el maestro, acompañado por los hábiles adaptadores de «Marianela», pasa al saloncillo de autores, donde una vez por semana hace tertulia.

Es «Marianela» una de las novelas más populares de Galdós, obra de juventud impregnada del romanticismo de la época, pero con vitalidad suficiente para subsistir, como lo prueba su éxito en la escena. Más que novela es, en realidad un poema desbordante de ternura. Es el poema de una pobre muchacha carente de condiciones físicas, pero dotada de un gran espíritu, que se enamora de un joven ciego a quien sirve de lazarillo, haciéndole conocer el mundo a través de sus ojos de iluminada.

Como todas las realidades, la realidad de Marianela es triste, es dolorosa y es humana. El joven ciego recobra la vista, y la terrible decepción se impone. El ciego, que a concebido la belleza a través del espíritu de su lazarillo enamorado, sufre el más brusco de los cambios en su regreso a la región de la luz, al comparar la fealdad deprimente de Marianela con la hermosura deslumbrante de su prima Florentina, y Marianela, sin fuerzas para resistir el desastre de sus ilusiones, cae muerta de pena a los pies de su ídolo, que hoy puede ver la vida por el cristal de sus propias pupilas.

La adaptación escénica del poema ha sido realizada con honestidad artística por los hermanos Quintero, respetando el original hasta en sus más nimios detalles; pero se nos ocurre que no han sido aprovechadas algunas situaciones verdaderamente teatrales existentes en la obra original, como ser aquella en que el ciego vuelve del mundo de las sombras mediante una operación quirúrgica. Este es, quizás, el momento más dramá-

tico de la novela, y este momento es, precisamente, el que no ve el público, puesto que en la obra el hecho, en vez de verificarse, se cuenta. Fuera de esta omisión, realizada adrede posiblemente, ya que se trata de autores tan avezados para quienes no puede haber pasado desapercibida la importancia capital de dicha situación teatral, conserva la adaptación todo el interés emotivo de la novela.

En cuanto a la interpretación, mereció ésta la totalidad de los aplausos, especialmente en el desempeño del rol protagónico a cargo de una actriz como la Xirgu con condiciones relevantes para caracterizar personajes de la índole de Marianela.

Al terminar el tercer acto de «Marianela», un público ardoroso reclamó con sus aplausos la presencia en el escenario de autor y adaptadores.

Margarita Xirgu, lazarillo real en este caso, salió guiando al maestro glorioso por el tablado escénico. La aparición fué emocionante, Galdós, ciego, sin ver al público, agradecía los aplausos mirando con los ojos del espíritu las lágrimas que temblaban al borde de los párpados enrojecidos y sintiendo repercutir en el suyo el latido presuroso del gran corazón del pueblo. Un aplauso nutrido, vibrante, caluroso, ardiente, llenó la sala, estremeciéndola.

* * *

Volvimos a visitar a Galdós con frecuencia: pero ya nunca más pudimos continuar *nuestra* conversación.

Un día nos escribió otra carta. Quería hablar con nosotros, inmediatamente, sobre lo convenido. Acudimos presurosos a la cita que nos daba. ¡Pobre maestro! Fuimos pero no hablamos. El no podía. Aquella cabeza luminosa, que tanto irradiara, no coordinaba ya. ¡Oh, dolor! Y ese día salimos de la estancia del maestro llevando en las pupilas la sugestión de la muerte.

* * *

Poco tiempo más tarde la casa *Renacimiento* de Madrid anunciaba en su catálogo, y como acontecimiento literario, la publicación de las «obras inéditas» de don Benito Pérez Galdós, bajo mi dirección y ordenamiento.

Acontecimiento literario,—decía el catálogo,—y efectivamente lo era, en la más amplia acepción denominadora, porque no se trataba en tal circunstancia de una recopilación de manuscritos perdidos o abandonados, de esos que los hombres de pluma olvidan en sus gavetas o no inutilizan por falta de tiempo, ni de una serie de apuntes, no aprovechados y que sólo adquieren importancia a través de la muerte de sus autores. No. El caso es muy distinto. La obra cuya publicación iniciaba *Renacimiento* con el volumen que nosotros titulamos *Fisonomías sociales*, es flor de producción galdosiana, llevada a cabo en la mejor época de su autor, cuando aquel cerebro se hallaba en plena efervescencia. Baste decir que el original más antiguo de los que figuran en este libro lleva la fecha de 1883, y el más moderno diez años más tarde, o sea la de 1893, en la que fuera escrito el sugestivo y pintoresco capítulo denominado «El cesante», con que termina el volumen.

Estamos seguros que los lectores españoles encontrarán en estas páginas verdaderas revelaciones de un Galdós desconocido, no por su espíritu, tan armónico y sereno siempre, tan admirablemente ponderado y ecuánime,—el más alto, el más íntegro, el más puro,—sino por el criterio especial con que trata ciertos temas, particularmente los políticos, pues se ve que, al encararlos, el escritor no olvidaba nunca que iba a ser escuchado fuera de las fronteras de la patria. Más de un monárquico y más de un republicano español habrán de sorprenderse al escucharle esta vez.

* * *

Cumpliendo la voluntad del maestro, su hija y heredera universal, María Pérez Galdós, puso en nuestras manos el tesoro literario de que era digna depositaria. Nosotros, con todo amor, aceptamos la misión de clasificar, ordenar, arquitecturar, —digámoslo así,—esta inmensa obra desparramada en publicaciones de América durante diez años de fecundidad admirable. El gran cronista histórico que fué Galdós, el Galdós de los *Episodios Nacionales*, reaparece aquí, para la generalidad de sus lectores, en esta serie de obras inéditas, con todas sus inimitables cualidades. Veraz, realista, humano siempre, el más humano, el más sencillo, y, por sencillo, profundo, de los analizadores de épocas con que ha contado la literatura española.

Muchas, la mayor parte de estas páginas, han sido trazadas a raíz de los hechos reflejados en ellas, como un eco inmediato de los acontecimientos. Y esto les da también un mérito, una virtud propia: la de la espontaneidad con que fueron escritas, una frescura y un vigor especialísimos.

Nada, por ejemplo, tan encantador, tan ilustrativo, para los lectores extranjeros como esas síntesis de ambiente, realizadas en la serie *Ciudades españolas*, con que se inicia el volumen de *Fisonomías sociales*: Allí, en ellas, pintado a grandes rasgos, aparece cada pueblo con todas sus luces y sus sombras, sus cualidades y sus defectos. Es la vida misma de cada conglomerado social, irrumpiendo con sus colores verdaderos del cuadro literario, compuesto por mano firme y animado de aliento perdurable. Tanto que cualquiera de estas descripciones puede figurar con actualidad presente a cuarenta años de concebida.

* * *

Otro aspecto interesantísimo, puesto de relieve en esta colección de obras inéditas, es el de Galdós periodista, el del Galdós «repórter». La entrevista al cura Galeote, asesino de

un obispo, equivale a una verdadera revelación en el género. Sorpresas análogas encontrará los lectores, especialmente en los volúmenes titulados *Cronicón*, donde Galdós relata, con todo lujo de detalles, varios de los crímenes célebres que han conmovido a Madrid, entre ellos el ya mencionado de *Galeote*, y otros como el conocido por *el de la calle de Fuencarral*, y los tremendos y horripilantes del bandido Melgares, émulo de Diego Corrientes.

En cuanto a los dos volúmenes dedicados a comentar la política española, tenemos la seguridad de que llamarán la atención, por la altitud de miras con que se plantean los problemas capitales de la vida nacional, así el del regionalismo, en donde, vidente y profético, aparece Galdós como precursor de los políticos de este instante; así el de los partidos que, con la denominación de conservador y liberal, formaron las dos alas en que se apoyó la monarquía española. Hay en ellos, además, importantísimas semblanzas de los principales hombres públicos de la época, entre las que se destacan las dedicadas a los famosos oradores Salmerón y Castelar, al que considera el más grande de los habidos en todos los tiempos.

En *Arte y crítica*, en *Toledo (Su historia y su leyenda)* (1) y en *Nuestro Teatro*, los capítulos que los componen están todos llenos de alto valor literario y anecdótico, destacándose como verdaderos ensayos biográficos, los en que se estudia a dos de las más características personalidades de la novela y el teatro: Fernández y González y García Gutiérrez.

El volumen de *Memorias* (2) está formado, en su parte fundamental, como ya hemos dicho, por los trabajos publicados en *La Esfera*, la gran revista de Madrid que se los encargó durante los últimos años del maestro.

(1) Véase ATENEA, número 132, págs. 376-384, donde me ocupé extensamente de este libro.

(2) Véase ATENEA, números 148, págs. 137, 143 y 160, págs. 84-90. «Evocaciones de España», por Alberto Ghirardo.

* * *

La labor primigenia de Galdós, encerrada en el volumen, que lleva como título genérico el de *Crónica de Madrid*, tiene una importancia documental inapreciable, desde el punto de vista literario.

He aquí, reunida por primera vez, la labor de Galdós embrionario, del futuro autor de las grandes creaciones artísticas, del evocador histórico de los *Episodios nacionales*, del novelista de *Angel Guerra*, y de *Gloria*, y, por fin, del hombre de escena que, con *El Abuelo* y *La loca de la casa*, abrió un nuevo horizonte al teatro español.

Crónica de Madrid es la revelación de un escritor adolescente, cuyos jalones es de oportunidad destacar aquí.

Nace Galdós en Las Palmas (Canarias), el 10 de mayo de 1843.

Cursa las primeras letras en un colegio hispano-inglés, y durante su corto internado comienza con aprovechamiento sus estudios de dibujo y pintura.

A los trece años ingresa en la segunda enseñanza, simultaneando estos estudios con precoces trabajos literarios, que publica en *El País*, y en otro periódico de Las Palmas, cuyo título desconocemos.

En esta época sigue cultivando la pintura, y en el año de 1862 presenta varios trabajos en una Exposición provincial, obteniendo mención honorífica por un cuadro titulado *La alquería*.

Graduado de bachiller va, el año 1863, a Madrid, donde continúa sus labores literarias y periodísticas, a la vez que se inicia en la carrera de Derecho.

Dos años después, el mismo periódico de Las Palmas, en que publicó sus esbozos infantiles, le nombra corresponsal. Y es entonces que, ya conocedor de la Villa y Corte, comienza su nueva labor, a la que se entrega con entusiasmo.

Escribe, crónica tras crónica, ésta su *Crónica de Madrid* que, recopilada por nosotros, fué entregada por primera vez, en libro, al público de habla española, era público conquistado por Galdós en cincuenta y tantos años de productor formidable.

A esta época, pues, corresponde la *Crónica de Madrid*, que nos tocó en suerte incluir en la serie de *Obras* del maestro, a las cuales persistimos en denominar *inéditas*, porque, en realidad, lo son como tales obras.

* * *

Según se desprende de lo antedicho *Crónica de Madrid* es el libro del Galdós de los veintidós años, o sea el de su briosas juventud literaria. Constituye, pues, como decimos, un documento único para reconstruir la primera parte de una admirable vida de hombre de letras, del más destacado hombre de letras de un siglo en España.

* * *

Es curioso seguir, a través del periodista juvenil de *Crónica de Madrid*, la trayectoria de su estilo, el estilo de Galdós, siempre armónico con el ambiente y los tipos reflejados en sus páginas; la ideología, el acento liberal, que ya asoma en el futuro combatiente; la manera, la forma, el modo de observar hombres y cosas, arrojando, certeramente, la sonda del analizador en el mar de la realidad.

Enfocando los hechos, con la mirada aguda y firme, característica de todo gran novelador, va exteriorizado sus primeras impresiones en artículos semanales, catalogando en ellos la vida que siente y ve bullir a su alrededor en la Corte.

Así es como surgieron estos ensayos, más bien dicho, esquemas, en que aparecen ya las extraordinarias cualidades de

observador y narrador reveladas, después, en la obra magna del novelista sin par.

Ya puede inducirse, a través de esta *Crónica*, que Galdós será siempre un autor sin trucos, pero con una relevante originalidad escondida, muchas veces, a las miradas frías o poco profundizadoras.

Por este motivo se le ha juzgado mal, menospreciando a las veces su sencillez y confundiéndola con la falta de don verbal.

Hoy sabemos que la difícil sencillez de Galdós es la misma de Cervantes, a tres siglos de distancia.

Porque la sencillez de Galdós es la sencillez de la verdad del arte. Y es con esa sencillez que han procedido los grandes constructores literarios de todas las latitudes: los grandes constructores, los creadores o, más bien dicho, recreadores de ambientes y de seres, que han ido proyectando en sus lienzos inmensos, la historia, las costumbres, la filosofía, el color de sus épocas.

Así Galdós con la historia de un siglo en sus cada día más justicieramente famosos, más nítidos, más claros *Episodios nacionales*; así Galdós en sus novelas españolas, en que está, también, fijado para siempre, en un relámpago de eternidad, todo el Madrid de su momento.